

EN CAMINO

1 de noviembre de 2009, Solemnidad de todos los santos

Por, Neptalí Díaz Villán C.S.s.R.

- 1ra lect.: Ap 7,2-4.9-14
- Sal 23
- 2da lect.: 1Jn 3,1-3
- Evangelio: Mt 5,1-12

Santos

La liturgia de la Iglesia Católica propone varios momentos para vivir intensamente algunas celebraciones con el fin de expresar, gozar, pensar, reflexionar, orar y crecer en el Camino de Jesús. Dependiendo la importancia, se le da carácter. Tenemos entonces en su orden: Memoria Libre, Memoria Obligatoria, Fiesta y Solemnidad. Cuando se habla de Solemnidad, se hace referencia a una celebración central de carácter obligatorio por su importancia para la vida de fe.

Hoy celebramos la Solemnidad de Todos los santos. Por ser solemnidad se trata, por lo tanto, de una celebración muy importante. Y como hablamos de TODOS los Santos, esto vale para los cristianos católicos y para quienes siguen a Jesús en otras iglesias, para los cristianos y los creyentes de otras religiones, incluso de quienes no están matriculados en religión alguna, pero que viven la Bienaventuranza de una vida auténticamente humana.

Entran aquí, por supuesto, los canonizados y los no canonizados. Porque una cosa es ser santo, y otra, declarado como tal. Sin lugar a dudas en nuestro santoral católico no están todos los que son y, tal vez, no sean todos los que están. Porque para ser canonizado, es decir, para ser declarado santo, se necesita todo un proceso dispendioso además de costoso.

Cuando hablamos de santidad cristiana hacemos referencia a una vivencia auténtica, a una realización notable de la vida de fe en la esperanza, en el amor misericordioso, en la bondad, en la búsqueda de una humanidad nueva y de todo aquello por lo cual Jesús vivió y murió: lo que él llamó el Reinado de Dios y su justicia. Un santo es un auténtico discípulo de Jesús y anunciador de palabra y sobre todo de obra, de la Buena Noticia de la Salvación.

En los primeros siglos de la historia cristiana, el pueblo reconocía a ciertos personajes como modelos de fe, los guardaba con especial cuidado en la memoria y le dedicaba cierta fecha para su celebración. Así surgieron los primeros santos reconocidos como tal: apóstoles, predicadores, mártires, etc. La autoridad eclesiástica, luego de que el pueblo reconocía a un personaje como santo, entraba a estudiar su vida y, si lo merecía, lo canonizaba, es decir, lo declaraba santo, digno de tenerlo como

referente para la vivencia de la fe y para celebrar con él, la alegría de seguir el camino de Jesús, para recordarlo en los momentos de culto.

Vale la pena tener en cuenta que el culto se le rinde sólo a Dios que es el tres veces Santo, es decir, el que tiene la plenitud de la santidad, y no a los personajes que participan de la santidad del único Santo. En el culto se recuerda al personaje como modelo de santidad y se ora teniendo en cuenta su memoria y su intercesión, por tratarse de una persona muy cercana a Dios.

Para evitar los desórdenes como que fueran declarados santos ciertos personajes sin merecerlo, algunos de ellos ligados a la magia, al ocultismo, con prácticas perturbadoras, etc., la autoridad eclesiástica puso ciertos criterios para la canonización. Esta intervención era necesaria, aunque nos encontramos con ciertas limitaciones. Hay que reconocer que como Iglesia muchas veces hemos caído en poner las ideologías y las convicciones personales por encima del testimonio de Jesús y su camino realizador.

El primero y el más antiguo criterio para canonizar un personaje es el martirio. Se declara santas a las personas que, por defender la fe en Jesús, den el testimonio máximo de derramar su sangre, como lo hizo Él. El mártir es el que da testimonio. Y la máxima expresión del testimonio es el que derrama su sangre por trabajar por la Causa de Jesús, el Reino de Dios y su justicia. Desde San Esteban, el llamado protomártir, pasando por San Pedro, San Pablo, etc., la Iglesia se fortaleció con el testimonio de estos primeros cristianos. Con respecto a este criterio específico hoy se ven ciertas situaciones molestas. La autoridad eclesiástica canonizó, por ejemplo, a María Goretti, muerta por un joven cuyas insinuaciones amorosas rechazaba, pero se niega rotundamente declarar mártir al obispo Arnulfo Romero, asesinado por tomar partido en defensa de la vida de los pobres, por su denuncia de la injusticia en El Salvador. Es claro que Pío XII declaró mártir a María Goretti porque quería reforzar así una enseñanza moral. A Arnulfo Romero el pueblo lo tiene como santo, muchos cristianos no católicos lo tienen como santo, incluso, ateos resaltan la calidad humana y reconocen el martirio de este testigo de Jesús, pero el Vaticano no lo declara mártir por su típico rechazo, convertido a veces en persecución, a la teología latinoamericana y su compromiso por la causa de los empobrecidos.

Otro criterio para canonizar es la heroicidad de las virtudes, normalmente virtudes promovidas por la misma oficialidad de la Iglesia. Se canoniza a quien se quiere mostrar como un modelo de vida, según el estilo preconcebido por la autoridad del momento.

Otro criterio es el de la ortodoxia en los escritos. Aquí se ve claramente el predominio de la autoridad sobre la vida. Quien no se acomoda a la ideología de la autoridad del momento, por muy bondadoso, justo y buen discípulo, ser rechaza y se declara heterodoxo, peligroso, infiel, etc. Grandes hombres y mujeres que resplandecieron por su calidad humana, su vivencia de fe y su compromiso con la humanidad son puestos en entredicho porque sus escritos no se ajustan a lo que la oficialidad califica como sana doctrina. Sin embargo, la autoridad es relativa y cambiante, así como la llamada ortodoxia. Por ejemplo, el papa Sixto V declaró

heterodoxo y puso en el Índice a Roberto Belarmino, pero después Pío XI lo canonizó y proclamó doctor de la Iglesia. De manera que al cambiar la forma como se gobierna la Iglesia, cambia también el modelo de santidad y las canonizaciones.

Como un elemento propio de una religiosidad mágico religiosa se tiene, por último, el criterio del milagro. Esto como muestra de que el personaje está unido especialmente a Dios y hace parte de los santos en el cielo. No obstante esto actualmente, en algunos casos este criterio tiende a perder importancia. Por ejemplo Juan XXIII canonizó a Gregorio Barbarigo sin milagros. Esto es un gran cambio con respecto a la Edad Media. En esta época ser santo era hacer milagros en abundancia.

Las cosas han cambiado; antes era el pueblo el que veía que la persona tenía características de santo, lo consideraba digno de imitar, lo veneraba como personaje insigne y lo consideraba intercesor. Finalmente, la autoridad oficial declaraba al personaje como santo. Hoy es la autoridad oficial la que debe primero aprobar para luego permitir el culto. Durante muchos siglos La Congregación de Ritos era la encargada de dicho proceso. Desde 1969 lo hace la Congregación para las Causas de los Santos. Se trata de un trabajo bastante dispendioso en el cual se necesita mucho tiempo y recursos.

Hoy, no por mala voluntad, se ha burocratizado la canonización. Funcionarios especializados se encargan de verificar detalladamente los elementos aportados por los interesados de que el personaje sea declarado santo. Dichos elementos se someten a reglas impersonales y se confrontan con criterios jurídicos. Con este procedimiento se gana en seriedad, pero pierde en agilidad, en economía e igualmente se ven muchas tensiones. Por todo esto hoy no es posible una canonización sin la ayuda de un grupo de presión que disponga de especialistas, de tiempo y de fondos adecuados. Las comunidades religiosas que usualmente dedican grandes cantidades de dinero para tal causa, son las que pueden movilizar los servicios de un buen postulador, corriendo el riesgo de una espera que a veces se prolonga por más de un siglo.

Esto hace entendible que un fundador o una fundadora de congregación religiosa sea quien tenga especiales posibilidades de triunfar. Un caso polémico que tiene hoy muchos contradictores lo constituye José María Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, que batió record: 10 años en ser ascendido a los altares. Algunos comentaristas “impíos” se atreven a decir que Escrivá fue canonizado no tanto por su vida santa sino porque tenía muy buenos allegados en la Congregación para las Causas de los Santos

Canonizar a un laico es una empresa muy difícil, por muy bondadoso y santo que haya sido el personaje. En caso de perseverar con la causa, tiene más posibilidades si el personaje fue célibe y estuvo ligado de alguna manera a alguna comunidad religiosa ideológicamente afín a la autoridad eclesiástica. El número de casados canonizados es invisible. Pareciera que el celibato, consagrado o no, fuera en casi todos los casos una especie de salvoconducto para las canonizaciones. El caso de Santo Tomás Moro que incluso fue casado dos veces, constituye una sorprendente excepción.

Por otra parte, el número de los varones canonizados es mayor que el de las mujeres. Entre los siglos X y XIX Roma canonizó un 87 por 100 de varones y un 13 por 100 de mujeres. Aquí se ve el carácter androcéntrico que tiene la institución eclesiástica. Sin que el procedimiento se haya modificado para favorecer a las mujeres, en el siglo XX la proporción pasa a 76 por 100 de varones y 24 por 100 de mujeres. En una institución clericalizada, dominada por varones célibes es fácil ver que los papas, obispos, sacerdotes y religiosos constituyen el mayor número de canonizados.

Es claro que como dice P. DeLooz *“la canonización se presenta como un acto situado en la confluencia de dos poderes, el que emana del pueblo de Dios y el que ejercen las diversas autoridades. El predominio del segundo sobre el primero es indiscutible, tanto más cuanto que el segundo, tiene la posibilidad de dirigir en gran medida las decisiones del primero, especialmente mediante su acción de tipo ideológico sobre la fantasía colectiva... Haría falta otro modelo de poder. Si ese otro modelo de poder apareciera, aparecería sin duda también otro modelo de santo.”*¹

Esta fiesta nos da la oportunidad para dar gracias a Dios por todos los santos y santas que han existido, que existen y que existirán entre nosotros. Los que están, que son pocos, y los muchos que no están pero que con sobrada razón, podrían estar.

Es una oportunidad para reflexionar de manera crítica en la forma como nos presentan algunos modelos de santidad que obedecen más a una ideología dominante de la autoridad eclesiástica que a la configuración con grandeza humana de Jesús de Nazaret.

Personas que sin duda con la muy buena voluntad de seguir fielmente los modelos de santidad, por buscar ser enteramente para los demás, nunca llegaron a encontrarse realmente consigo mismas, nunca fueron libres, maduras y felices y fue precisamente eso lo que les impidió su propia santificación. Porque detrás de muchos modelos de santidad encontramos graves problemas de comportamiento, obsesiones, neurosis, negaciones, frustraciones, etc.

Personas que en vez de vivir la libertad que nos dio Cristo (Rom 8,1ss), arrastraron el yugo de puras exterioridades y de una absoluta y total despersonalización. En vez de vivir la bienaventuranza, soportaron una vida pesada de negaciones y sufrimiento y, tal vez haciendo sufrir a los demás con sus psicopatologías, todo eso por responder a un modelo de santidad debe ser replanteado.

Yo no dudo por un segundo de la buena voluntad y de la santidad de Santa Teresita del Niño Jesús, de su humildad, su profunda oración y demás virtudes maravillosas. Pero ¿cómo se explica que esta pobre mujer enferma con tuberculosis, durmiendo una celda fría, sin calefacción, nunca se le ocurriera pedir una manta para mitigar el frío de la noche sino que aguantara humildemente los dolores de su enfermedad? ¡Con razón se murió a los 24 años! Unos dicen que Dios quiso tenerla consigo y por eso se la llevó pronto. Que morir pronto fue un premio del Altísimo. El conocido teólogo Hans Urs von Balthasar no duda en calificar el aspecto psicológico de

¹ P. DeLoz, *La canonización de los santos y su significación social*. En: Revista Concilium No 149 (1979). Pags 340 – 352.

Santa Teresita del Niño Jesús, como un claro triunfo del masoquismo que llega hasta la destrucción del propio ser.² ¿Qué decir de tantos santos y santas con problemas como la “santa” anorexia de llegar a este punto por el anhelo de parecerse a Jesús en su ayuno de cuarenta días y cuarenta noches? ¿Qué decir de los cilicios y flagelaciones que muchos se propinaban a sí mismos para parecerse a Jesús en su pasión y muerte? Sí eran épocas, pero debemos llamar las cosas por su nombre. Por buscar un modelo de santidad estos pobres cristianos arrastraban una vida muy dura, que si bien son admirables por su buena voluntad y su anhelo de santidad, hoy no podemos poner como ejemplo a seguir.

En medio de estos bemoles, dentro del Canon Romano hay personajes maravillosos, vidas extraordinarias, que sería un desperdicio desconocer, reconocer y tenerlas en cuenta para nuestro camino de fe. En medio de sus sombras personales, porque los santos fueron hombres y mujeres de carne y hueso y no seres extraterrestres como a veces los presentan sus hagiógrafos, con leyendas traídas de los cabellos, en la larga lista tenemos testimonios hermosos, que cantan la Victoria de Dios y del Cordero, como lo dice el Apocalipsis. Personas visionarias, profundamente enamoradas de la vida, arriesgadas, bondadosas y con todo un cúmulo de virtudes y actitudes dignas de tener en cuenta en nuestro propio camino. Santos y santas como María Magdalena, Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Alfonso de Ligorio, Maximiliano Kolbe, etc., son vidas fenomenales que vale la pena conocer y por las cuales hoy celebramos con alegría y cantamos la victoria de nuestro Dios.

Como ya parece claro, los santos no son sólo los que están escritos en el Canon Romano. Eso son apenas algunos. Si queremos hablar de todos los santos tenemos que hacer mención también a aquellos que han seguido a Jesús en otras iglesias. Hombres y mujeres admirables como Martin Luther King, Jorge Fox, Dag Hammarskjold, entre otros. Si queremos hacer memoria de todos los santos tenemos que unirnos espiritualmente también a personajes magníficos de otras religiones distintas a la cristiana. Personas como Mohandas Karamchand Gandhi, llamado el mahatma que significa alma grande, para quien las Bienaventuranzas constituyeron una inspiración profunda para la realización de su compromiso por la liberación de su pueblo por medios pacíficos y, en general, para su vivencia como ser humano. A tantos budistas, islamistas, sintoístas, animistas, hinduistas y creyentes de muchos caminos religiosos que buscaron y/o buscan crecer como seres humanos y construir una humanidad nueva, tal como lo hizo Jesús. No podríamos dejar por fuera a personas que no se

² Von Balthasar en: Drewerman Eugen, *Clérigos, Psicodrama de un ideal*. Trotta 1995. 192. Escribe Therese Martin en su libro *Teresita del Niño Jesús historia de un alma*, en OC, Burgos 1964: “*Para un Elogio del espíritu de sacrificio frente a los largos inviernos y la humedad del clima, la propia Teresa escribe que ‘creía morir de frío’ en su celda, pero de ningún modo quiso abandonar su jergón de paja; y cuando se encontraba ya en la enfermería, tenía la sensación de ser acosada por el diablo. Pero, como asegura el anónimo carmelita, editor de su obra, en medio de sus sufrimientos experimentaba, algo así como un éxtasis de abandono, de confianza y de amor*”. W. Nigg, comenta: “*Uno se queda sin aliento, al ver esa insaciable voluntad de asumir el dolor, hasta el punto de transformarlo, incomprensiblemente en alegría*”. Drewerman (Op Cit 711) dice que en vez de incomprensiblemente debía decirse neuróticamente.

matriculan en religión alguna, incluso, aunque suene tal vez muy arriesgado, a aquellos que se han atrevido a declararse ateos, pero que trabajan honestamente por el bien de los pueblos. Hay que reconocer que en muchos de los ateos confesos existen experiencias desastrosas con lo religioso: malos ejemplos, engaños, mentiras, etc. Marx no dijo que la religión era el opio del pueblo porque un día amaneció con rabia. Nietzsche no dijo “Dios ha muerto, viva el superhombre”, porque fuera un ser malvado y destructor. Si estudiamos un poco sus vidas vamos a descubrir experiencias dolorosas con la religión.

Además, no tenemos ningún derecho a calificar con epítetos negativos a quienes asumen su vida de manera diferente. Ser creyente no equivale necesariamente a ser bueno, ni ser ateo equivale a ser malo. Hay ateos que viven una vida religiosa mejor que la de muchos creyentes. Por eso dijo el nobel de literatura José Saramago: *“Se necesita tener un altísimo grado de religiosidad para ser un ateo como yo. En el sentido etimológico, la religión es lo que une. Sabemos que estamos ligados al universo”*³

Ojalá que muchos cristianos católicos tuvieran la religiosidad profunda, el compromiso ético, la calidad humana y la búsqueda sincera de una humanidad nueva, como la que tienen algunos ateos confesos. Dijo Saramago: *“No cambiaremos la vida, sino cambiamos de vida. Empezando por el respeto humano y siguiendo con un sentimiento de bondad... Por encima de todo yo antepongo la bondad. La bondad se convirtió en algo risible. Para la gente ser bueno es ser tonto. ¿Cómo se puede ser bueno en un mundo como éste? Realmente no es fácil. Reivindico la bondad como el primer elemento que nos hace ver que el ser humano es superior a los animales. Los animales no son buenos ni malos, pero el ser humano puede ser bueno. Pero la verdad es que no somos buenos. Hay manifestaciones de bondad, pero la bondad difícilmente existe. San Francisco de Asís era bueno. Para ser bueno hay que ser santo. Pero no podemos ser santos como condición para llegar a la bondad. Más bien, deberíamos empezar por la bondad para llegar a ser santos. Desde un punto de vista amplio, no restrictivo, un laico puede ser santo, pero aún más, también un ateo.”*⁴

Por eso en esta fiesta no podemos limitarnos a nuestro patio, sino que se trata de una celebración macroecuménica, interreligiosa y universal. Los textos bíblicos que hoy compartimos nos dan unas pistas para comprender este asunto. El fragmento del Apocalipsis, redactado en lenguaje musical, poético y metafórico, canta la victoria de Dios sobre todo lo que destruye la vida. La victoria de la vida sobre la muerte, de la felicidad sobre la infelicidad, de la luz sobre la oscuridad. Es la victoria del mismo Dios que se da en la vida de las personas cuando éstas logran su plena realización y felicidad en su amor misericordioso: *“¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y es del cordero!... Amén. La bendición, la gloria y la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fuerza pertenecen a nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén.”* (Ap 7,10-12). Es similar a ese cántico maravilloso que presenta Lucas en el relato del nacimiento de Jesús: *“Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad”*. (Lc 2,14). Más allá de

³ Saramago José en entrevista con Angel Dario Restrepo. En: El Tiempo, Bogotá octubre 2009.

⁴ Saramago José, IBIDEM.

esquemas, ideologías, religiones, etc., los hombres y mujeres de buena voluntad, los que hacen de su vida una obra maestra de bondad y de amor.

Como en ese tiempo cada nación tenía su dios, hablar de naciones era a su vez hablar de diferentes de religiones. El autor del Apocalipsis ve aquí reunidos a todos los pueblos, todas las naciones, por lo tanto, todas las religiones, todas las personas de buena voluntad. Se trata de los “ciento cuarenta y cuatro mil”, de los que habla el Apocalipsis, doce al cuadrado, es decir, las doce tribus de Israel pero totalmente superadas, llevadas fuera de sí, hasta disolverse entre todas las naciones.

Las Bienaventuranzas son el código ético propuesto por Jesús en un primer momento a su grupo de discípulos más cercanos, pero es a su vez, es una propuesta para toda la humanidad. Del griego *μακαριοι* (Makarioi), Bienaventurados, felices. Los mandamientos de la antigua Ley judía eran imperativos y la mayoría estaban formulados en sentido negativo: “No robar, no matar, no levantar falsos testimonios...” pero la propuesta de Jesús no pretende imponer nada a nadie sino que invita a buscar la felicidad. Las invitaciones empiezan con la palabra Felices. De entrada tenemos un cambio de estilo. Dios, más que un soberano Rey, quiere ser un Padre que busca la felicidad de sus hijos. No se promete la vida eterna, evitar el infierno y salvar el alma. Se busca que el ser humano sea feliz, que experimente desde ahora lo que es amor de Dios, que pueda desarrollarse plenamente. Y ser santo es ser feliz a plenitud, pues como dijo Santa Teresa de Ávila: “un santo triste es un triste santo”.

Aquí no se impone religión alguna. El Dios que se manifiesta aquí no es confesional y encasillado en una cultura determinada sino que pide a los seres humanos comportamientos que los hacen más humanos y felices: pobreza en el espíritu, compartir el sufrimiento de los que lloran y confiar plenamente en el amor del Padre. Que se trate amablemente a los demás y se asuma la vida con serenidad. Buscar incansablemente que en mundo reine la justicia, tener un corazón grande con el que sufre y encaminarse hacia él para ayudarlo. Ser una persona honesta, limpia, transparente que juegue limpio en todas sus palabras y acciones. Trabajar para que reine la paz y para que en el mundo todos podamos ser felices, aunque todo esto lo lleve a ser hostilizado por quienes se niegan a reconocer el derecho de los otros.

En el texto de las Bienaventuranzas, como en el del Apocalipsis que leemos hoy, entra la realidad del dolor, de la persecución e incluso de la muerte. Pero no se trata de una persona que se procure dolor para parecerse a Jesús. No es el dolor y el sufrimiento los que nos hacen configurar con Jesús. Es asumir la vida con la alegría, con la bondad, la fuerza y con la convicción como él la asumió, aun con el riesgo de ser perseguidos como él. Los que viven su vida de la misma manera como la asumió Jesús, bien sea que pertenezcan a alguna religión o sin ninguna, incluso “ateos” confesos, cantarán la victoria de Dios y del Cordero, y serán dignas de ser reconocidas como santas.

Oración

Padre Dios, te damos gracias porque has manifestado tu bondad y tu misericordia por medio la vida de tantos seres humanos que a lo largo de la historia han asumido

auténticamente su existencia. Gracias por tantos personajes maravillosos del pueblo de Israel que nos comunicaron su experiencia profunda de amor, de libertad y de plenitud. Gracias por los santos y santas de nuestra historia cristiana. Por cristianos los canonizados y por lo canonizados, los católicos o los no católicos, gracias por todos están delante de ti cantando tu gloria, con quienes unimos espiritualmente para alabarte.

Gracias Padre dador de vida por tantas personas de buena voluntad de todas las iglesias, de todas religiones, de todos los grupos, de todas partes, incluso por aquellas que no te conocen tal como eres y por eso te niegan.

Gracias Padre por nuestra historia como Iglesia, como pueblo, como familia tuya comprometida con la superación de todas las injusticias y la búsqueda de plenitud.

Te pedimos que nos ayudes a asumir nuestra vida con la alegría, con ilusión y con un anhelo profundo de hacer realidad tu voluntad salvífica. Danos Padre la fortaleza, el compromiso y la santidad con las Jesús, Hijo tuyo y hermano nuestro vivió cada día de su vida. Danos la fuerza de tu Espíritu para que tu Palabra esté siempre presente en nuestra memoria, en nuestro corazón y, sobre todo, en nuestras palabras y acciones. Ayúdanos a reconocer, respetar y amar tu presencia en nosotros mismos, en nuestro prójimo y en la naturaleza que nos diste para cuidarla y disfrutarla. Que todos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras actitudes estén inundados por tu amor misericordioso y que seamos siempre comunicadores de vida y de amor. Que sigamos fielmente el camino de Jesús y que tu Espíritu nos conduzca a la verdad completa, para tener vida en abundancia. Que seamos misericordiosos como tu eres misericordioso, bondadosos como tu eres bondadoso y santos, como tu eres santo. Amén.